

# 79: Fragmento del Pasado: ¡Adiós, Mónaco! - La Carrera Perfecta

- [79: Fragmento del Pasado: ¡Adiós, Mónaco! - La Carrera Perfecta](#)

# 79: Fragmento del Pasado: ¡Adiós, Mónaco! - La Carrera Perfecta

El día en Mónaco era radiante, con flores en plena floración, pájaros entonando melodías, y Simon arrastrando una roca en el infierno.

¿Cuántas veces había mirado Ryan Mónaco desde ese promontorio? Había pasado un año entero de ciclos tratando de entender las 'reglas' de este lugar, y hoy simplemente sería otro intento.

Le llevó cierto tiempo, pero encontró un viejo dron UAV prebélico en una base militar abandonada cercana a Istres; un dispositivo de reconocimiento táctico y sigiloso fabricado por Dassault para la Fuerza Aérea Francesa. Ryan lo modificó, pintándolo de morado, y le colocó una ametralladora.

Controlando el aparato con un mando a distancia, el mensajero recibía una transmisión de video en tiempo real mientras guiaba el dron hacia Mónaco. Su cuadricóptero atravesaba calles vacías y rompía ventanas para ingresar en casas abandonadas. Desde el interior, todos los edificios parecían iguales.

Toda la ciudad era un mero decorado.

Al menos Ryan confirmó que el efecto de teletransportación no afectaba a las máquinas, una vez superado el límite de dos horas. La propaganda del casino sobre cómo luchar contra Mechron era tan infundada como sus historias de invasiones andorranas.

Cuando el sol desapareció en el horizonte, Ryan llevó el dron hacia el casino de Montecarlo. El cuadricóptero entró tras destrozarse las puertas con la ametralladora, y ningún payaso acudió a detenerlo.

El casino real de Montecarlo era similar a la dimensión infernal en la que Ryan había pasado toda su vida atrapado, pero ni era infinita ni presentaba anomalías. Los salones estaban en su lugar, y el dron no hallaba a nadie en su interior.

Cuando el dron se preparaba para abandonar el casino y reabastecerse, las puertas se habían reparado solas. Ryan hizo que el aparato las volara nuevamente, entrara, y luego volviera a salir. Las puertas se recuperaron en cuanto su vista desapareció.

Bueno, entonces, era hora de sacar la artillería pesada.

Ryan dedicó tres meses de ciclos a mapear el casino y sus alrededores con el dron, incluyendo las alcantarillas. Al final, tuvo que aceptar una verdad evidente.

No lograba encontrar ninguna entrada a esa dimensión oculta.

“Un lugar solo por invitación, ¿verdad?” dijo Ryan, poniéndose unas gafas de sol. Molesto por la situación, había colocado una pequeña bomba nuclear en su dron; agradeciendo a los franceses por su arsenal nuclear prebélico. “No me dices que no a mí.”

Sentado en un sillón largo en la costa de Cap-Ferrat, a casi quince kilómetros de Mónaco, Ryan dirigió el dron hacia Montecarlo con su control remoto. Tuvo que reutilizar una emisora de radio local para controlarlo a tanta distancia, pero su esfuerzo valdría la pena.

“Después de los camarones,” dijo el mensajero mientras pulsaba el gran botón rojo, “llegan los champiñones.”

La señal de video dejó de funcionar cuando una brillante esfera de luz consumió Mónaco. Todo lo que estuvo a la vista de Ryan ardió, desde los bosques hasta las ruinas de los puertos franceses en la costa mediterránea. Enormes olas se levantaron en torno al punto de la detonación y se extendieron por millas. La tierra vibró hasta Cap-Ferrat, formando un gigantesco hongo de fuego que se elevaba en el cielo.

Ryan observó cómo ese microestado maldito se hundía en llamas con una profunda sensación de satisfacción... al menos, hasta que la onda de choque lo alcanzó y una ráfaga de viento le hizo volar las gafas de sol.

“¡Independencia para Andorra!” gritó Ryan en dirección al microestado, mientras la nube de hongo lentamente se disipaba.

Unas horas después, Ryan caminaba entre las ruinas en llamas de Mónaco, vestido con un traje protector reforzado, enfrentándose a las tormentas de fuego, las cenizas, y el polvo radiactivo que caía del cielo. Cada edificación había colapsado por la explosión, y las calles estaban bloqueadas por los escombros. Casi consideró esta experiencia como una simple caminata.

"Seré el mejor," tarareó Ryan para sí mismo mientras llegaba al epicentro de la explosión. Del casino de Montecarlo, solo quedó un cráter. Cualquier fuerza que permitiera que el lugar se reconstruyera no podía deshacer tal devastación. "Como ningún otro pudo ser..."

Una chispa de amarillo y violeta lo envolvió por completo, seguida por la visión de un pasillo de mármol familiar.

¡Maldita sea!

Cuando volvió a despertar en el promontorio de la Tête de Chien, el 1 de abril, Ryan soltó un grito de frustración.

¡Ni siquiera eliminar toda la zona con una explosión nuclear pudo disipar el efecto!

Debería haber anticipado algo así. Mientras que el Montecarlo real actuaba como el ancla del fenómeno en la Tierra, el verdadero laberinto existía en una realidad paralela. Por lo que Ryan podía deducir, el misterioso controlador, 'Jean-Stéphanie', habitaba en su dimensión bolsillo.

O, más probablemente, él se había convertido en el propio laberinto.

Ryan suspiró, se sentó en el borde del promontorio y reflexionó sobre lo que había aprendido en sus diversas experimentaciones.

El efecto se activaba cada vez que alguien cruzaba la frontera de Mónaco, tal como describía la ley internacional. Esto incluía el espacio aéreo, pero no las aguas territoriales; Ryan suponía que esto tenía relación con los antiguos tratados franco-montegascos, en los que el poder de Jean-Stéphanie no reconocía esas aguas como parte íntegra de Mónaco.

Una víctima era transportada dentro del laberinto si se acercaba a Montecarlo o permanecía más de dos horas dentro de los límites de la ciudad. Si cruzaba la frontera y se marchaba, quedaba atrapada en el momento en que se quedara dormida. No importaba si permanecía en Mónaco menos de un minuto o si huía por Europa durante tres días antes de dormir agotada. Ryan había investigado ambas posibilidades, para su consternación.

Una vez en Mónaco, nunca te soltaba. Jamás.

El efecto también afectaba a los animales, pero, a diferencia de los humanos, estos eran teleportados directamente a las cocinas del laberinto en lugar de al pasillo de mármol relativamente seguro. Ryan había enviado a innumerables cachorros a su perdición en nombre de sus investigaciones, y no se arrepentía de ello.

Después de todo, él era un amante de los gatos.

En una ocasión, incluso unió una bomba nuclear a una oveja, conectándola para que explotara dentro de la dimensión bolsillo. Como el animal sacrificado se teletransportó al interior de la cocina, la explosión final salvó a Suitestown y arrasó gran parte del laberinto. Ryan entró personalmente en esa dimensión para observar los resultados.

El daño perduró veinticuatro horas, hasta que nuevas salas reemplazaron a las destruidas.

Dado que la teletransportación siempre involucraba un destello de luz violeta y amarilla, Ryan sospechaba que el controlador era un Psíquico asociado con estos colores. Esto explicaría la anomalía del espacio-tiempo y todas las reglas conceptuales extrañas.

Solo un potente Amarillo o Violeta podrían destruir permanentemente el laberinto, si es que era posible. Hasta ahora, Ryan no había localizado a alguien capaz de realizar tal hazaña.

—¿Realmente necesito destruir este lugar? —se preguntó en voz alta, mientras observaba Mónaco desde lejos. La ciudad le parecía una burla por su misma existencia. —Quiero decir, es estática y no se expande. Una valla podría mantenerla contenida, al menos hasta que encuentre una forma de terminar con ella.

Su carrera perfecta exigía liberar a las personas atrapadas en Mónaco, sobre todo.

Según sus investigaciones, podría permanecer fuera de Mónaco hasta el 28 de abril, después de lo cual Martine moriría en una misión de suministro de camarones que salió mal. Las luces se apagarían y los payasos la desgarrarían antes de que Simón pudiera rescatarla.

Ryan debía encontrar una salida en ese plazo, pero ¿dónde? Este lugar no tenía puertas de entrada o salida, y nadie podía interactuar con el exterior una vez atrapado en su interior.

... solo Ryan mismo lo sabía.

"Soy una salida", comprendió el mensajero.

Por lo que entendía de su poder, el mensajero existía en dos lugares a la vez: en una especie de dimensión más allá del espacio y el tiempo, y en la Tierra. La conexión permanecía incluso dentro de Mónaco, aunque la fuerza que gobernaba el laberinto impedía que sus dos yoos se fusionaran.

No anulaba por completo la convergencia, simplemente la retrasaba.

Así, aunque la dimensión portátil pudiera actuar como una barrera entre sus prisioneros y el universo exterior, no era una frontera inviolable. Si Ryan lograba llevar al límite el principio fundamental de su poder, quizás podría superarla...

Se le ocurrió una idea.

Cinco años.

Le tomó a Ryan cinco años de bucles dominar la física de partículas, encontrar a un Genio capaz de asistirle en su problema y saquear suficientes laboratorios para reunir el equipo necesario. Tuvo que viajar hasta Suiza y regresar, para recolectar partes del colisionador de Hadrones sin terminar del CERN.

Y ahora, en este brillante día del 27 de abril, Ryan se encontraba en la cima de un promontorio, vestido para la guerra.

Había decidido lucir algo especial para este día histórico. Una camisa púrpura, pantalones azules, guantes negros, botas, y, sobre todo, un clásico abrigo largo. Llevaba un dispositivo MP3 en el cinturón, junto a una katana japonesa que había 'tomado prestada' a un saqueador suizo.

Como los payasos despreciaban la mayoría de las armas de fuego, planeaba convertirlos en sushi.

Lo más importante, el mensajero había traído consigo dos dispositivos en forma de cubo, de cuarenta centímetros de diámetro. Cada una de estas máquinas blindadas de acero tenía un hueco del tamaño de la mano en un lado, la 'boca' de un colisionador de partículas, y un pequeño panel de control en el otro.

Los Resonadores.

Estos dispositivos nucleares, impulsados por una ciencia que Ryan apenas lograba comprender, debían crear una ‘convergencia’ similar a la de su propio poder. Partículas viajarían de un cubo a otro, forzando un paso a través de dimensiones.

Quizás algún día podría usar esa tecnología para construir una radio interdimensional. Sería divertido.

Con uno en el promontorio de Tête de Chien y conectándolo para activarlo en dos horas, Ryan colocó el otro en una bolsa de viaje y se dirigió hacia Mónaco en su confiable motocicleta. Cruzó la frontera oficial del microestado sin prestarle atención a las señales propagandísticas anti-Andorra, en su camino a Montecarlo.

Ryan se detuvo frente al casino, se alejó de su vehículo y avanzó hacia las puertas con confianza.

La plaza desapareció en un destello de luz amarilla y violeta.

Ryan había perdido la cuenta de cuántas veces había vivido ese momento, pero esperaba que esta fuera la última. Inspiró profundamente, disfrutando del aire acondicionado que fluía en esa prisión terrible, y se preparó para destruirla.

“¡Hola, estimado huésped!” saludó inmediatamente un payaso con cara de oro mientras salía del pasillo de mármol hacia el vestíbulo principal. “¡Bienvenido a Mónaco! La mayor c—”

Ryan lo decapitó con su katana con facilidad, provocando que la sangre caliente del ser salpicara la alfombra. El mensajero ni siquiera esperó a que la cabeza tocara el suelo, y se dirigió hacia el ascensor.

Medio docena de payasos emergieron de detrás de los pilares de mármol del vestíbulo, llevando bandejas plateadas, refrescos y aperitivos. “Estimado huésped, debemos advertirle que la violencia está prohibida durante el horario de apertura”, afirmó uno de ellos con tono servil. “¡Si insiste en comportarse mal, tendremos que mostrarle la puerta!”

El mensajero llamó al ascensor y pulsó el botón del cuarto piso. “Escoge tú el lugar,” le dijo Ryan a los payasos, mientras las puertas se cerraban tras él. “Será donde morirás.”

Los monstruos seguían sonriendo de oreja a oreja, pero tras esas sonrisas vacías se ocultaban cuchillos.

Unos minutos después, Ryan había llegado a Suitestown.

La vista del largo pasillo que conducía a las suites del hotel casi le hizo sentir nostalgia a Ryan. Casi. Caminó hacia la habitación 44 y llamó a la puerta de metal. “¡Simón!” gritó, “¡Simón! ¡Tengo una hamburguesa y no tengo miedo de usarla!”

La puerta se abrió de inmediato, y una escopeta fue levantada a la altura de la cara de Ryan. Simón iba equipado para el combate, su armadura de cuero aún blanca con la sangre alienígena de payasos asesinados. “¿Quién diablos eres tú?”

“François par le sang versé,” respondió Ryan en francés. “Le schleu est dans le garage.”

Simón se congeló por un instante, antes de preguntar con escepticismo: “Il n’a pas couru assez vite?”

“Je l’ai laissé en Alsace,” replicó Ryan.

El sheriff bajó su arma, sorprendido. “¿Cómo conoces esa contraseña, rital?”

Me lo dijiste tú, casi soltó el mensajero. “Un antiguo amigo tuyo de la Legión Extranjera Francesa,” mintió Ryan por simplicidad, “vine a salvarte. Según mi cronómetro, todos deberían estar en sus respectivas habitaciones en este momento.”

“¿Cómo lo sabes? ¿Es esto una operación de comando? Pensé que el gobierno francés había colapsado.”

“Eso es lo que pretenden hacerles creer,” susurró Ryan con tono ominoso antes de ingresar en la suite. Simón se mostró demasiado confundido para protestar, mientras el mensajero se adelantaba rápidamente frente a su túnel.

Ryan abrió su bolso, sacó el resonador, y lo colocó frente al agujero que Simón había pasado toda su vida cavando. Técnicamente, el dispositivo podría haber funcionado en cualquier parte del bolsillo dimensional, pero el mensajero encontró que esta ubicación en particular resultaba poéticamente adecuada.

“¿Tienes una salida?” preguntó Simón con un tono que Ryan nunca antes había escuchado en él. La emoción en la voz del anciano era algo que había abandonado hacía mucho tiempo.

Esperanza.

Y mientras Ryan manipulaba el panel de control del Resonador y activaba el dispositivo, oró para no decepcionarlo.

La luz comenzó a acumularse dentro del agujero del cubo, proyectando un torrente de luz en el pasaje. El espacio mismo se distorsionó alrededor de esa corriente energética, transformando el agujero de Simón en un pasillo resplandeciente. La tensión se acumuló en el aire, como si una fuerza maligna de repente hubiera puesto su atención en estos acontecimientos.

Ryan interpretó esto como una señal positiva.

Tras pulsar y retorcerse durante medio minuto, el pasillo de luz pareció estabilizarse alrededor del flujo de partículas. Aunque no pudo ver más allá del umbral, el mensajero percibió una leve y agradable brisa que rozó su rostro.

Viento.

“¿Eso es...” Simón se quitó el casco, incapaz de confiar en sus propios sentidos. Sus ojos se agrandaron, y lágrimas de alivio comenzaron a formarse en sus párpados. “¿Aire fresco?”

Ryan activó su poder, una fuerza opuesta que retrocedía...

Y, sin embargo, Mónaco se tornó violeta.

Los Resonadores habían traspasado la dimensión oculta.

“¿Quién eres tú?” preguntó Simón cuando el tiempo volvió a su curso, incapaz de soltar la vista del portal. “¿Quién eres?”

¡Rápido, Ryan! ¡Piensa en un nombre superhéroe ingenioso!

“Me llamo Rápidguardar,” declaró Ryan con confianza. “La roca que rueda.”

Caray, eso sonaba mucho mejor en su mente.

“Queridos huéspedes.”

Una voz horriblemente conocida resonó en los altavoces del piso, una promesa de represalias mortales.

“Lamentamos informarles que, debido a la invasión actual en Andorra que amenaza nuestra frontera, el Casino de Montecarlo cerrará permanentemente hasta nuevo aviso.” Lejos de parecer profesional, la voz sonó esta vez totalmente pasivo-agresiva. “Por favor, salgan de las suites para que nuestro querido personal pueda ayudarles con la salida.”

Haz clic.

El sonido incesante de puertas abriéndose hizo que el corazón de Ryan se detuviera por un momento, mientras corría hacia fuera de la vivienda de Simon.

Las puertas de todas las suites se abrieron de golpe, y las personas miraban confundidas desde sus umbrales. Ryan reconoció muchas caras, desde Martine, hasta Jean, Geoff y Sally. La ilusión de seguridad había sido arrancada de ellos, y las luces comenzaban a apagarse.

Mónaco no los dejaría escapar sin luchar.

Ryan busco dentro de su bolso lo que quedaba: una máscara metálica con dos gafas redondas para los ojos, hecha a medida para la ocasión.

“Juego en marcha, Pogo,” dijo el mensajero mientras se colocaba la máscara y activaba el modo de visión nocturna. “Simón, evacua a todos por el portal. Yo me encargo de los payasos recluidos abajo.”

“¿¿¿Solo???” protestó el hombre armado, mirando su escopeta. “¡Estás loco, voy contigo!”

“No, Simón,” replicó Ryan, acercándose al ascensor con solo su katana como arma. Lo habría volado si no supiera que el lugar podía repararse solo. “No puedes imaginar cuánto he ensayado este monólogo en solitario.”

Mientras el ascensor descendía por los pisos hacia el enfrentamiento final, el mensajero activó su MP3 y puso una canción alegre. “Nadie más que yo...”, tarareó Ryan, mientras las puertas del elevador se abrían. No le gustaba ese espectáculo, pero la introducción era impresionante.

El mensajero entró en el vestíbulo y se enfrentó a un ejército de payasos.

Cientos de ellos emergieron de las sombras y entraron en el vestíbulo principal del casino; todos con servilletas colgando del cuello. Ryan apenas podía ver la enorme ruleta en el centro de la sala, y los candelabros del techo estaban apagados.

El personal de Montecarlo había recogido todas las armas que pudieron encontrar. Cubiertos de plata, palos de golf, cuchillos de sushi y hasta unos porros. Sus máscaras metálicas seguían sonriendo, aunque sus gestos se volvieron verdaderamente feroces.

Y la única persona que se interponía entre ellos y Suitestown era un apuesto mensajero.

“Mónaco...” Ryan levantó su katana y gritó su grito de guerra. “¡Mónaco no es un país de verdad!”

La horda sonriente se lanzó hacia él como un coro en éxtasis.

Lo que siguió fue un torbellino de sangre y furia, mientras Ryan atravesaba a las criaturas como si fueran mantequilla. El filo de su espada desentrañó a cinco payasos en un solo golpe, con un río de sangre blanca fluyendo de sus heridas como una cascada de vino.

Dos monstruos intentaron apuñalarlo, uno con un cuchillo y otro con un tenedor. Ryan los lanzó uno contra el otro, atravesándolos en un solo movimiento y haciendo que soltaran sus armas. Cuando un payaso intentó esquivarlo y llegar al ascensor, Ryan agarró el cuchillo y lo arrojó por detrás. La trayectoria alcanzó la cabeza del objetivo, matándolo al instante.

“¡Las tropas de Andorra fracasarán!” gritó una voz frenética por los altavoces, mientras Ryan mataba payasos con furia descontrolada. “¡Plega tu vida a Mónaco! ¡Gloria a Jean-Stéphanie! ¡El Montecarlo permanecerá para siempre!”

“¿Dónde están mis ganancias?” gruñó Ryan, golpeando la cabeza de un payaso contra el suelo, cubriendo la enorme ruleta de su rostro. “¿Qué gano yo?”

Detuvo el tiempo en rápidos sucesivos para esquivar dos golpes de cuchillo, solo para notar algo que se acercaba desde su izquierda cuando el reloj empezó a marcar el tiempo de nuevo. Un payaso con rostro de platino arrojó un plato de plata como un frisbee, con suficiente fuerza para convertirlo en un arma mortal.

Ryan apenas tuvo tiempo de parpadear, antes de que el proyectil le atravesara el cuello y lo partiera en dos.

Una y otra vez.

En la segunda ocasión, Ryan esquivó la bandeja, la atrapó en el aire y la arrojó de vuelta al remitente. El frisbee improvisado rompió la calavera del monstruo con un crujido.

Ryan bloqueó el golpe de un palo de golf, luego otro, y otro más. La destreza de su adversario en el juego corto era notable, pero el mensajero le cortó las manos con un golpe preciso. Saltó y esquivó los golpes y las estocadas, contraatacando, matando, girando en un torbellino de violencia. Su espada era una extensión de su cuerpo, su concentración, inigualable.

Tres payasos lo sorprendieron y lo lanzaron al suelo, mientras un cuarto trituraba su cabeza con un enorme símbolo.

Tres payasos cayeron con un solo golpe, y las piernas del cuarto quedaron cortadas de raíz. Su propio símbolo lo aplastó, y Ryan pisoteó el cuerpo con violencia.

Había asesinado a decenas y más morían a su paso. Había vengado una vida de sufrimiento. Espíritus se estrellaban contra columnas, camarones eran forzados a tragar. Botellas de vino volaban por los aires, y platos se rompían en pedazos. Su furia no podía ser contenida.

El suelo ensangrentado se volvió resbaladizo, y sin embargo, Ryan siguió avanzando con una sonrisa en los labios.

Cada vida que tomaba era un placer superior al de la propia sexualidad. Cada golpe llevaba el peso de un siglo de dolor, la exaltación de una actuación ensayada durante años. Las hienas que lo persiguieron durante décadas caían como moscas ante su cuchilla, y no podía expresar con palabras lo increíble que se sentía.

Mató a muchos payasos, pero otros ocupaban su lugar. Una marea interminable de muerte, y aun así, él los acabaría a todos.

“¡Esta noche, tenemos el placer de presentar a veteranos artistas del Festival Internacional de Circo de Montecarlo!”, anunció con temor la voz del altavoz, mientras sus matones morían.  
“¡Todos, aplaudan... a los acróbatas!”

Cuatro sombras surgieron en medio de la carnicería, rostros de payasos sobre trajes negros. Empuñaban espadas y se lanzaron a la batalla. Lanzaron shurikens a la cara de Ryan, quien las esquivó con su espada.

El choque de espadas resonó, y uno de ellos quedó atravesado.

Ryan esquivó un golpe de espada y acabó con un ninja.

El tiempo pareció detenerse y luego recomenzar. Ryan rugió y maldijo mientras combatía, esquivaba y luchaba con todas sus fuerzas. Lo empujaron contra la pared, y de su sangre manaron.

¡Y Ryan volvió a intentarlo!

¡Una y otra vez!

¡Y otra más!

Sus espadas chocaron en una tormenta de acero, pero Ryan los empujaba hacia atrás, y los payasos ya no sonreían.

Cada carrera lo hacía un poco más rápido y mortal. Cada ataque furtivo que esquivaba, cada golpe que contraatacaba. Aprovechaba cada oportunidad. Ninguno lograba tocarlo, y cada uno de sus golpes acababa con una víctima. No desperdiciaba ni un aliento, cada paso era un acto con propósito. Robó otra espada para multiplicar su dolor.

“¡Es imposible! ¡Nadie espera a los payasos ninja!”

La voz del altavoz gritó con rabia y el mensajero se rió.

Llegaron más jefes intermedios: petardos, magos, hombres fuertes y domadores. Todos enfrentó Ryan, y ninguno logró contar la historia.

Sus enemigos cayeron, uno tras otro, hasta que solo quedó uno. Su sombrero redondo, codiciado por Ryan, no sería reclamado. Cuando intentó arrebatárselo el puesto a la estatua de Jean-Stephanie, el payaso fue empujado y aplastado bajo ella.

La masacre terminó y la música cesó. Ryan tomó aire, frente a un montón de cadáveres, con payasos asustados tras él.

“Bueno”, dijo Ryan, mirando sus futuras víctimas cubiertas de sangre, ninguna de ellas suya. “¿Listos para más?”

Los payasos habían dejado de sonreír y huían gritando.

Con una sonrisa de satisfacción, Ryan soltó sus espadas, tomó el sombrero redondo de su última víctima y se lo colocó sobre la máscara. ¡Qué buen recuerdo sería!

El mensajero regresó a Suitestown, encontrándola casi vacía. Solo quedó Simon, vigilando el portal con su escopeta en alto. “Podrías haber dejado algo para mí,” dijo mientras miraba la ropa ensangrentada del mensajero. “Estaba a punto de bajar y ayudar.”

“¿Sabes que el verdadero propósito de las últimas resistencias es que no esperas salir con vida?” preguntó Ryan con tono retórico. “¿Por qué no te habrás ido ya?”

“Me pediste evacuar a todos,” respondió el hombre, “tú eres parte de todos.”

Qué amable. Ryan activó un código en el panel de control del Resonador, provocando la secuencia de autodestrucción para asegurarse de que los payasos no los siguieran fuera. “Explosión en cinco minutos,” dijo una voz digital desde el dispositivo.

“¿Qué tamaño?” preguntó Simon, buscando rápidamente bajo la barra sus últimas pertenencias.

“Nuclear,” respondió Ryan mientras agarraba su bolso de viaje. Como era de esperar, Simon llevó un montón de libros como souvenirs, con uno familiar en la cima. “¿El Mito de Sísifo?”

“¿Cómo supiste?” preguntó el viejo sheriff, con sospecha.

Ryan se rió, mientras caminaban hacia la luz. “Intuición.”

Adiós, Mónaco.

No te extrañaremos.

“¿Estás seguro de que no quieres quedarte?”

Al volante de un viejo Renault Mégane II, Ryan respondió con un gesto negativo. “Hay alguien a quien tengo que encontrar,” le dijo a Martine y Simon, mientras los dos estaban afuera de su ventana, “Sin ofender, pero esa misión secundaria ya duró bastante.”

“No conozco ese término,” dijo Martine, mientras Simon se encogía de hombros. “Te debemos la vida. Quienquiera que seas, siempre serás bienvenido entre nosotros.”

Quienquiera que seas.

Ryan miró por la ventana de su coche, y a las cuarenta personas que acababa de salvar ese día. El grupo había establecido un campamento improvisado en la cima del promontorio Tête de Chien, celebrando su libertad alrededor de la fogata. Mónaco permanecía en la distancia, una prisión sin cautivos.

Habían pasado tres días desde la fuga de la prisión, y nadie había sido arrastrado de vuelta a la dimensión oculta, incluso mientras dormían. O la huida forzada había roto el poder del bolsillo dimensional sobre sus prisioneros, o tendrían que cruzar su frontera nuevamente como cualquiera. Nadie era lo suficientemente tonto para volver allí.

Desde su perspectiva, había vivido con esas personas más de un siglo. Conocía todos sus secretos, los había ayudado en los momentos más oscuros, visto cómo reaccionaban ante toda circunstancia posible.

Conocía el verdadero nombre de Simon, aquel que abandonó al unirse a la Legión Extranjera Francesa. Sabía lo que le había pasado a sus hijos, el pasado horrible que intentaba dejar atrás, e incluso los libros que quería leer, pero nunca encontraba tiempo para ello.

Conocía la ciudad natal de Martine, los nombres que quería poner a sus futuros hijos, su película favorita, aquella que más odiaba, y que siempre había querido ser enfermera pero nunca pudo. Conocía sus miedos más profundos y sus mayores triunfos.

Y justo acababan de aprender su nombre.

Conocía mejor a esas personas que ellas mismas, pero seguía siendo un extraño para ellos.

“Quizás mantendremos contacto,” dijo Ryan, aunque en el fondo no creyera del todo. “Sabes cómo localizarme.”

“Si necesitas un favor, solo tienes que llamar,” sonrió cálidamente la mujer rubia, aunque en su mirada había una tristeza. Sabía que probablemente no volverían a encontrarse.

Simon observó cómo Martine regresaba con los demás supervivientes, permaneciendo un poco más con Ryan. “¿Nos hemos visto antes?” preguntó Ryan. “Puedo decir que me conoces, pero yo no te recuerdo.”

“Sin falsa modestia, soy inolvidable.”

“Sí, seguro sabes cómo presentar una introducción, liberándome de doce años de cautiverio. Ahora, ¿cuál es tu secreto? Todo lo que ha ocurrido hasta ahora parece un poco... demasiado conveniente.”

“Soy inmortal,” confesó Ryan con un suspiro, “pero no se lo digas a nadie.”

Simon observó al viajero en el tiempo por un momento, antes de entregarle un libro viejo y polvoriento. “Toma esto.”

Ryan esperaba una copia de *El mito de Sísifo*, pero era otro libro por completo. “Así habló Zaratustra: un libro para todos y para nadie,” leyó el mensajero en el título de la portada. “De Friedrich Nietzsche.”

“Dentro hay un concepto, la recursividad eterna, que creo te gustará.”

Ryan miró la mirada sabia y conocedora del hombre mayor. “Gracias,” dijo el mensajero, antes de poner el libro en la parte trasera del coche. “¿Qué vas a hacer ahora?”

“Martine y los demás probablemente se dirijan hacia el oeste, hacia praderas más verdes, pero yo me quedaré aquí. Mi vida casi ha llegado a su fin, así que pienso... que alguien tiene que cuidar de este lugar. Cercar todo este gigantesco estercolero mortal, y asegurarse de que nadie se meta. Nadie pasará, se lo aseguro. Tengo experiencia en tareas de frontera.”

Ryan no dudaba de eso. “Bueno, si alguien se aventura donde no debe, llámame.”

“Claro, p'tit rital,” dijo Simon, tras darle una palmada en el hombro al mensajero. “No te esfuerces demasiado escalando la colina.”

Ryan observó el libro de Simon, y luego al anterior dueño mientras se reunía con los supervivientes de Mónaco. El mensajero miró las sonrisas tímidas en sus rostros, las miradas felices que intercambiaban. Habían atravesado el infierno y habían logrado salir. Rehacerían sus vidas, empezando de nuevo.

Este... este era un final perfecto, para todos.

Todos, excepto Ryan.

El mensajero congeló el tiempo, permitiéndolo durar más de diez segundos. Dos momentos convergieron, un destello de luz violeta que lo absorbió por completo.

Vivió todo en el lapso de un segundo. Este maldito siglo atrapado en Mónaco, y las estancias cortas posteriores. Sus años de investigación, todo el dolor, toda la alegría y toda la tristeza. Todos esos momentos que pudieron haber sido, pero que solo Ryan recordaba. Se llevó todas sus memorias consigo, y éstas vivirían en él para siempre.

El tiempo se reanudó abruptamente, el pasado quedó grabado en la eternidad, y el punto de guardado se trasladó al presente.

Su *Carrera Perfecta* terminada, Ryan condujo hacia el atardecer sin mirar atrás.